

### Ralentice y al exhalar jale

*Víctor Herrera*

**E**ran cerca de las 20:00 cuando sonó en una de las oficinas del cuartel el teléfono y a pesar de que toda la tarde estuvo a la espera de la llamada, como si no quisiese atender, se detuvo antes de tomar el auricular, sin embargo, pasados algunos repiqueteos, el hombre enfundado en un traje oscuro con detalles dorados y estrellas bordadas al canto izquierdo del pecho, sintiendo más que nada la obligación moral del oficio levantó la bocina, la colocó en la oreja y mientras escuchaba caló el cigarro entre sus dedos. Del otro lado del cable sonó la voz de un sujeto en apariencia joven.

Coman, Prieto y yo hemos estado pendientes de la actividad en el área en la que se creía que el Caldos Arellano estableció la casa de seguridad en la que torturan y licuan a los secuestrados. Ahora estamos ciertos, hemos corroborado la información y sabemos que el tipo lleva atrincherado en el lugar más de una semana. Nuestros hombres están listos para acatar órdenes, si lo permite podemos darle suelo a este hijo de puta; a los guardias los tenemos a tiro y nomás su orden nos detiene para ponerles una chinga a esos cabrones en cuanto caiga la noche.

Pues van a tener que seguir esperando ordenes, Cázares, porque usted y Prieto son por mucho de los reclutas más pendejos que he tenido a mando. No quiero que me salgan con una pendejada, porque si me entero de que los blanquean, escúcheme bien, me encargo, si es que quedan vivos, de que limpien todas las letrinas del cuartel con el hocico y de que les revienten los huevos a garnuchazos. Que no se les haga fácil jugarle al vergas, porque, si tumban al Caldos o se les pela, yo me encargo de que les transite sin saliva el rigor de la ley por el fundillo y de que les arrimen unos tablazos al culo hasta que se desangren...

Sin esperar respuesta, con sequedad, colgó el teléfono de golpe. Caminó hasta una vitrina y tomó de ella un antiguo SVD-137 que con destreza desarmó. De una de las gavetas del escritorio sacó una caja que contenía un frasco de nitro solvente, cepillos de cobre, pedazos de franela y un bote de aceite. Con calma inició a limpiar y lubricar su arma, para posteriormente colocarle la mira. Llegadas las 23:00 terminó de armar el fusil y con paciencia procedió a llenar media docena de cargadores. Al finalizar tomó uno de los mismos y solo habiéndose cerciorado de que el arma se encontraba asegurada lo introdujo para que las balas tomaran posición. Sus manos fun-

cionaban de manera mecánica, bajo la prescripción de una especie de piloto automático mientras observaba el retrato que tenía sobre su escritorio, aquel del escuadrón de artillería al que perteneció al inicio de su carrera militar.

Una vez puesto el cargador sintió cómo uno de los proyectiles subía al lugar donde habría de ser percutido. Desde ese instante supo que el plomo llevaba dedicatoria o por lo menos un destinatario sobre su nariz. A eso de las 24:00 tomó una mochila en la que introdujo los cargadores y cartuchos; la amarró a la cintura y, con las dos manos, la derecha en la culata y la izquierda al inicio del cañón, salió de su oficina, no sin antes de manera enérgica cuadrarse ante la imagen que tanto observó. El comandante Núñez había determinado que se desplazaría por tierra hasta las faldas de la Sierra Madre, por lo que el vehículo que lo llevaría a encararse con el destino estaba listo cuando salió: sobre el Jeep estaba el conductor, mientras que los dos rasos de artillería que había solicitado esperaban en posición de firmes, uno a cada lado del automóvil.

Ascendiendo al lomo de la carretera el 4x4 desapareció en la oscuridad, avanzando hacia la frontera norte del estado. Hacia la mitad del trayecto un letrero a la vera del camino echó a andar los recuerdos de Núñez: El Arenal. Pasar cerca de la calzada que lleva a la comunidad le disparó un pensamiento fulminante a la cabeza: hace ya demasiado que te enterraron, tanto que no lo recuerdo a cabalidad. Por la terquedad de nunca querer salir de la madriguera, El Arenal será tu eterno calabozo. A fin de cuentas, más que el apellido, dejaste el gusto por el oficio.

Tras minutos de incertidumbre y habiendo viajado más de 150 kilómetros se encontraron con un corte de camino que poseía varias brechas. El chofer siguió por la menos caminada y en cuanto más avanzaban, los tres inferiores sentían como la verdura se los tragaba sin vistas de querer cagarlos, mientras que el Comandante permanecía impertérrito. Al reconocer la espesura de la sierra y ver que la distancia al campamento ya no era mucha, ordenó al chofer

que se detuviera. Del automóvil bajó cargando el fusil, haciendo punta ante la noche, con la espalda resguardada por los dos artilleros que temerosos le seguían. Bajo sus órdenes la camioneta dio vuelta en U y así como la serranía se la tragó, la regurgitó. Los rasos se limitaron a observar y sin entender su posición sobre el tablero vieron cómo las luces rojas de la camioneta desaparecían a sus espaldas. En total calma y sin emitir palabra alguna llegaron al campamento después de caminar en cerca de tres horas una distancia que no ameritaba más de una. Haciendo saludo militar se le encararon el teniente Prieto y el teniente Cázares.

Mi Coman, las cuadrillas que le mencioné por teléfono siguen a su disposición. Todos nuestros hombres están preparados para seguir al pie de la letra sus órdenes. Hemos estado monitoreando la zona y la actividad del Caldos y sus hombres. Esta semana han traído a quince personas, pero, no sabemos si siguen vivos o si ya los hicieron mierda.

¿Qué día es hoy?

7 de junio mi Coman. Respondió Cázares sin entender la pregunta, mientras que Núñez sintiéndose incapaz de corromper la fecha solo los pudo escuchar mirándolos a los ojos. Como buen sabueso sabía que entre más esperaran mayor sería la probabilidad de incumplir la encomienda con seguridad y de forma digna; sin sacrificar efectivos, pero en el fondo había algo más. Algo parecido a un deber fraterno le impedía actuar de inmediato; sentir mismo que le llevó a ignorar tajantemente el brillo en los ojos del teniente. Incapaz también de confiar en la información y en el panorama que le dibujaron los atrincherados en la zona, mandó al raso artillero González y al raso artillero Juárez a que exploraran el terreno e hicieran un mapa elaborado de aquello a lo que a futuro se estaría enfrentando.

¡González, Juárez! con la mayor cautela posible tendrán que bajar a examinar la cañada en la que está el campamento de los contras. Necesito que

ubiquen cuál es el nivel de seguridad en los puntos cardinales con sus rumbos laterales y que sitúen el lugar donde están las rutas de escape. Espero que no se les olvide que esto no es un juego, porque si los capturan, tengan por seguro que se los carga la chingada, aparte de que habrán puesto en riesgo a todos los que estamos en esta operación. Juárez irá por la ladera oeste y González por la este; tendrán que encontrarse al norte, al fondo de la cañada, para luego regresar y reportarse conmigo.

Los rasos lo escuchaban absortos sin poder oponerse y decididos a acatar órdenes. Tras irse los muchachos, en silencio, de un paquete ajado sacó un cigarrillo café, lo encendió y caminó sin rumbo por el campamento mirando al cielo que esa noche en especial parecía estar más limpio que de costumbre. Ese oscuro manto en el que las constelaciones se percibían luminosas lo remitió a una infinidad de recuerdos, pero en especial robaron su atención esas dos constelaciones; las cabrillas y el carretón le recordaban las pláticas familiares en las que para los oídos de los más jóvenes se solía narrar y enaltecer la gallardía de su abuelo.

Mientras los demás soldados esperaban inquietos por no haber recibido orden alguna, el Comandante deambulaba con parsimonia por el improvisado campamento con la frente en alto y la mirada perdida. Cerca de las cinco de la mañana los soldados regresaron con un mapa mental exacto: Comandante, al norte la cañada se cierra y no hay paso, allí hay una especie de cuartos a los que estuvieron entrando batos con viejas, parece que celebran algo y la mayor parte de ellos están pedos, otros están tan pachecos que parece no molestarles ni el ruido, ni el desmadre que están haciendo con las trocas. Al noroeste encontré una brecha que apenas se ve caminada, debe ser ruta de escape. En el oeste tienen habilitada una torre de vigilancia que ahora está vacía. Por el suroeste, sur y sureste hay un tapón; el cerro imposibilita la entrada o salida de vehículos y al mero sur hay peñones donde no vigila nadie. Sería posible ocul-tarnos allí para barrer la zona de sur a norte.

Le recuerdo Juárez que usted es un raso que solo fue a echar ojo. Aquí el que da las órdenes soy yo. González, dígame qué es lo que vio.

Comandante, al norte la cañada está cerrada. Al noreste encontré un claro en el que están como veinte botes de fierro en los que hay gente hundida en sosa cáustica. Alrededor tiene cadáveres desmembrados y pareciera que piensan hacer una fosa para echar el bofe. Por el este hay un camino que está bien parejito; allí hay tres batos con cuernos. Ese último debe ser la entrada principal...

Bien, entonces ahora sabemos a lo que nos enfrentamos. Dijo Núñez y observó los rostros de quienes estaban a su alrededor. Sin emitir otra palabra se paseó por el campamento hasta que cayeron las 6:30, momento en el que llamó a todos los concentrados.

Estamos a punto de rajarnos la madre y lo que se ocupa son hombres entrones que no se acalambren con los plomazos, aunque si están aquí es señal clara de que ya se chingaron y de que le tienen que atorar. Hagan lo posible por tumbar todo lo que se pueda, porque recuerden que es su pellejo o el de ellos y esos hijos de perra no van a dudar en pegarles, así que ustedes sabrán, y lo digo por los que tienen familia, porque los que no, por mí, que se queden tirados a pudrirse en la sierra. Saldrán en media hora así que prepárense; métanse lo que se tengan que meter, chinguense lo que se tengan que chingar y no suelten su plomero.

¡Prieto y Cázares, vengan para acá! Cázares, como le dije por teléfono, usted y Prieto son de los hombres más pusilánimes que he tenido a mi cargo y no me retracto, mas soy de pensamiento positivo y sé que no porque la cabeza sea pendeja las extremidades tienen que llevarla.

Escúchenme bien, saldrán con sus hombres y los distribuirán de la siguiente manera: Prieto, tú te vas por el oeste; necesito que en el mero oeste dejes a diez hombres preparados, también que mandes a otros veinte al norte, directo a la cañada y que tú con todos los que te queden resguardes el noroeste

porque seguro que muchos se querrán ir del baile en cuanto el chendengue se suba a la pista. Cázares, tú te vas por el este y mandarás otros veinte activos al norte, enviarás diez hombres al noreste donde están los tambos de descuartizados y tú te vas con todos los que te queden a la brecha este, porque a la hora de los putazos estos son culos, probado lo tienes y van a querer irse sin pagar. Recuerden; nadie se va de esta vida sin cagar lo que se ha tragado y ustedes van de laxantes en este desmadre. Además, necesito que le quiten a uno de sus vehículos un espejo, para que cada grupo lleve uno. Yo me quedaré con los dos artilleros en un peñasco cubriendo las partes suroeste, sur y sureste. Antes del amanecer sus hombres tendrán que estar posicionados, porque después de las ocho de la mañana en cuanto el sol cubra por completo toda la extensión de la cañada, les enviaré un reflejo a cada punto en el que deben estar posicionados para conocer ubicaciones de manera exacta; al recibir mi señal deberán responder de igual manera, así sabrán desde dónde los dirijo. Cuando hayamos corroborado las ubicaciones, el banderazo de salida lo doy yo con el primer putazo. Ya luego ustedes irán cerrando según avance el operativo.

Tenemos algo de ventaja en posicionamiento, pero no se confíen, el Caldos es un chamuco a la hora en que el infierno se desata y no dudo que sus hombres traigan la misma escuela, así que den instrucciones precisas a los muchachos porque estamos jugando de visitantes. Para terminar, como orden general nadie puede tumbar a Arellano excepto yo, así que, si me salen con la pendejada de que uno de los suyos o ustedes mismos le dan gas, me encargo de que vivan un infierno en esta sierra. Esto es personal. Al terminar, Núñez, Prieto y Cázares tomaron posiciones y salieron con sus respectivos grupos. El Comandante se dispuso a hacer lo mismo.

¡Juárez, González, vámonos! Los artilleros en silencio lo guiaron hasta la pared de piedra en donde encontró un peñasco en el que se sintió cómodo escuchando todavía ruido en el campamento de los contras. Yo estaré al frente abriendo fuego. Juárez,

tú a la izquierda me estarás pasando los cargadores. González, a ti del otro lado te iré pasando los vacíos y te encargarás de llenarlos para regresárselos a tu compañero; con eso estaremos cerrando el círculo austral.

A la salida del sol, después de haber inspeccionado la zona con los binoculares, observó que junto a los cuartos en una zona cubierta con lonas de camuflaje se veía la silueta de una mujer de no más de diecisiete años, bailando desnuda para un grupo de hombres. Al comandante Núñez le pareció que el que estaba al centro con un vaso de cristal en la mano izquierda era Arellano y aunque quiso sentir ajena la imagen por la barba, corroboró que el vaso que sostenía contenía ginebra por el gesto del hombre al beber y entendió que algunas cosas no cambiaban con el tiempo.

El ahora comandante de las fuerzas federales dejó caer los binoculares, posicionó a sus ayudantes, envió las señales previstas y recibió respuesta de parte del equipo completo, con lo que en una actitud inexpresiva tomó su SVD del que percibió el olor a aceite fresco y encarnando un solemne gesto de genuflexión, bajó la rodilla derecha que coronó el peñasco en el que estableció su panóptico. Apuntando en plano picado a 45 grados y sin pensarlo ralentizó su respiración y al exhalar jaló el gatillo. Tras medio segundo del ruido provocado por el martillo percutor golpeando el cartucho, vio por fuera de la mira una silueta claudicar, seguida del impacto y de una explosión de grasa con sangre. El cuerpo de una mujer joven cayó inerte con su desnudez, como una peonza lanzada por capricho humano, hundiéndose en el suelo ante las olas de la gravedad. La pólvora quemada fue una corona para el olfato del francotirador y los senos de la chica escurridos en sangre un laurel bordado en su memoria.

El Caldos Arellano, ahora comandante de los contras, con toda confianza y en total calma, tras reconocer el sonido, estando siempre a tiro y sabiendo que solo un hombre experimentado tendría la capacidad de pegarle a distancia, avanzó hasta una

camioneta que estaba con la ventanilla del conductor abajo y dos jóvenes armados lo siguieron. Tomó un SVD-137 con las manos; la derecha en la culata y la izquierda al inicio del cañón, le introdujo el cargador y encarnando un gesto de genuflexión bajó la rodilla derecha al suelo húmedo, mientras los muchachos cubrían su espalda; uno al lado derecho con cartuchos, el otro al izquierdo con cargadores. El hombre barbado apuntando en plano contrapicado a 45 grados sin pensarlo ralentizó su respiración, pero al exhalar no jaló el gatillo.

Roberto Arellano, por la mira, observó en posición a Lelo Núñez; Aurelio Núñez observó por la mira a Beto Arellano preparado, imágenes que les hicieron recordar la última vez que estuvieron juntos, aquella aciaga tarde en que el equipo de artillería se corrompió al escindir. Recordaron la noche en la que juntos se hicieron de los Dragunov tras una refriega en la que espalda contra espalda le hicieron fuego a un grupo de golfos en la zona de tolerancia de Tamaulipas, evento en el que siendo dos guachos de artillería terminaron tumbando a más de una veintena de pelones, choque mismo en el que se adjudicaron los fusiles como presea de la victoria.

Antes de jalar una segunda vez, el Comandante se aseguró de que al inicio de la pelotera la balanza se posicionara en medio de los dos y el Caldos lo sabía; ambos estaban conscientes que al final la suerte terminaría por cargarse más hacia un lado y decidieron continuar con el zapateado. Sin embargo, ante la inminente lucha y los vaticinios sangrientos de los dirigentes de la misma, de entre una espesa negrura se escuchó súbitamente el pitido de una corneta que articulaba de manera nítida y fuerte el toque de descanso que inundó la planicie donde el pelotón se encontraba acampando.

Con mirada de desasosiego el raso Núñez despertó de su trance y advirtió que hacía tiempo que observaba la lumbre y las brasas de la hoguera, mientras que al fondo de tal imagen en el horizonte se dibujaba la silueta del raso Arellano, que regresaba de peinar la zona durante el rondín mañanero. La guardia nocturna había terminado y como era costumbre en el pelotón se saludaron. Se miraron a los ojos con fraternidad, mientras el sol rayaba tras los cerros y un orvallo vaticinaba penumbra en su destino.

